

Un asesino anda suelto

A la hora en que el sol cae con la dignidad de los mártires, yo enrolló la llana, cierro la bolsa de cemento cola y me pongo en marcha hacia el Puente Salobre.

Me llamo Ezequiel Desolado —con ese apellido que parece diagnóstico—, y mi oficio es el de solador: enderezo suelos, les dibujo una geometría humilde para que la gente camine sin pensar. Me pagan por darle al piso la obediencia.

Desde hace días, o tal vez desde que el río empezó a oler a caldo de hospital, el pueblo murmura: *“Hay un asesino suelto”*. Lo dicen con miedo, o con una risita entre muelas, mientras miran mi barriga con compasión. Lo admito: el estómago me traiciona. Si no planifico los baños, la urgencia me acorrala. Pero una cosa es estar suelto, y otra muy distinta, ser asesino.

Mi problema es el puente. El Puente Salobre —de hierro y madera— hace ruidos que no figuran en el manual de la herrumbre. Cruje como un borracho burlón. Cada día, sin exagerar, me pone en peligro con un invento nuevo.

El lunes llovieron zapatillas. Usadas, apestosas, con nombres escritos a marcador: “Chino”, “Yessica”, “Bambam”. Una se clavó de canto entre dos tablas y tropecé. El agua del río, verde como una mala intención, me saludó desde muy cerca. Al llegar al otro lado, el policía Lascano me detuvo con la mano: —Otra vez usted, Desolado. ¿Vio algo?

—Vi cosas —dije—. Pero no sabría declararlas bajo juramento.

El martes apareció la banda municipal. Nadie la había llamado. Tocaban una marcha fúnebre con instrumentos afinados en un idioma desconocido. El bombo retumbaba justo cuando mis intestinos narraban su propio concierto. Lascano me escoltó con un paraguas: —No se me caiga, Desolado —dijo—. Después hay que explicar los muertos, y eso quita sueño. Yo asentí, sin voz.

El miércoles, el puente amaneció inclinado. Los peatones se agarraban a una baranda pegajosa. Un vendedor gritaba que aquello era un favor de Santa Rita. Yo olí el metal y supe que era lo contrario: no milagro, sino burla. Al bajar, una niña dirigía una procesión de

gansos. El último me picoteó el zapato. Lascano, como siempre, apareció con un vaso de agua con gas: —Para el susto —dijo.

—Para el suelto —repliqué, de malhumor.

El jueves, Justina, la panadera que habla y amasa con los codos, se me acercó: —Ezequiel —dijo—, tú que cruzas el puente todos los días, ¿no has visto nada raro?

—Defina raro.

—Cosas de muerto. Y a Lascano buscando al asesino, que anda suelto.

Me contó que las víctimas aparecían sentadas, muy erguidas, como en una foto escolar. Una en un banco con la boina bien puesta; otra en un columpio con los pies recogidos. La de ayer, en la puerta de la iglesia. A su lado, un cubo con una llana y azulejos azules. Como los míos. —No estoy diciendo nada —aclaró Justina—. Sólo cuento lo que vi.

El rumor cooperó: *“El asesino es un solador”*. Y en el pueblo sólo hay dos. Gregorio Alcaraz, retirado y en cama por una hernia. Y yo. Que cruzo el puente. Que trabajo en los suelos de los vivos y, a veces, en los de los muertos. También me llaman del tanatorio. Pongo baldosas donde los parientes esperan la última firmeza. Me parece un honor discreto: no todo el mundo ofrece estabilidad a las despedidas. Pero ahora, todo se había torcido.

El viernes, el puente me escupió moscas verdes. Se metían en la nariz como ideas malas. Tropecé con un pañal repleto de materia reciente. Pisé, resbalé, hice un gesto cómico. Lascano ya corría hacia mí. Se me escapó una carcajada. Y otra cosa. El asesino suelto, pensé, con esa lucidez cruel que tiene el ridículo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Lascano.

—Los suelos, sí. Yo no tanto.

El sábado no trabajé. Pero crucé el puente. El río traía peces panza arriba con letras pintadas. Léidos con paciencia, decían: *“LA MUERTE NO ADELANTA, LLEGA A LA HORA”*.

Lascano se plantó a mi lado, como un sauce. —Han encontrado otra —dijo.

—¿Sentada?

—Sentada. Y con un azulejo azul en la mano. Como quien se guarda algo bonito para enseñar.

—Azulejo cualquiera —dije—. Los venden en San Hilario a tres euros la caja.

—No haga listas de precios, Desolado. No le conviene sonar práctico cuando hablan de muertos.

—Yo encajo suelos, Lascano. No encajo gente.

El domingo, el puente se hizo de feria: globos, perros, helados, organillo. Una melodía que mi madre canturreaba me detuvo. Cerré los ojos. Vi la casa oblicua. El suelo del pasillo con caída al baño. La mesa que ella pulía como si la vida fuera eso: insistir hasta que el brillo le gane al polvo. Cuando los abrí, vi a una mujer sentada en el banco central del puente. Muerta. Las manos sobre las rodillas, un azulejo en la palma. Azul marino. No de los míos. Alguien pronunció mi apellido.

La investigación fue interna. Lascano vino a casa. Revisó mi taller, facturas, herramientas. —Acompáñeme —dijo.

En el tanatorio, señaló la lista de velatorios: nombres de mujer, casi todos con vocales abiertas. —Las sientan. Y siempre hay un azulejo azul cerca.

—Si yo fuera ese asesino —dije—, no dejaría pistas que parezcan mías.

—Pero usted no es ese asesino —dijo. Y dejó la puerta abierta por la mitad.

No dormí. Soñé con tablas que se movían como costillas. Con el río metiendo la lengua entre colchón y somier. Al despertar, decidí evitar el puente. Tomaría la pasarela de los eucaliptos. Pero no. Al doblar la esquina, el puente me llamó. No hay palabra mejor.

El Puente Salobre estaba vacío. Lascano me esperaba a la mitad. —Ya lo tenemos. Fue Alcaraz.

—¿Gregorio?

—No. Su hijo. Volvió hace dos meses. Ordena a sus víctimas. Les cierra los ojos como un sacristán. Les deja un azulejo para que “cuadre”. Lo atrapamos por un descuido: un pañuelo con sangre en el maletero. No supe qué decir. Me apoyé en la baranda. Vibró. Y me dijo:

—Desolado. El mundo está mal centrado.

No soy hombre de metáforas. Yo mido, corto, encajo. Pero aquella voz —que no era voz— me trajo imágenes: la casa oblicua, los peces que escriben, las moscas que empujan, el retortijón, los muertos sentados. Todo, en una baldosa. —Ya lo sé —respondí, sin mover los labios. Di el séptimo paso, que los supersticiosos evitan cuando pueden. El tablón cedió. Caí.

A plomo. Con la herramienta golpeándome el costado. Con el nombre de mi madre intentando salvarme la clavícula. Lascano gritó: *“¡No me hagas esto, Desolado!”*. El río se abrió. Me dio un latigazo en el hígado. Nadé dos brazadas por decoro. Las herramientas me tiraban hacia abajo. Vi azules. Vi peces que leían mis bolsillos. Vi a mi madre en la orilla, secándose con una toalla que olía a limón y a jabón de hotel.

Me sacaron tres hombres enjutos y una pértiga. Lascano me golpeó el pecho. Vomité agua y algo más. Justina me alcanzó una manta con migas. El puente se quedó callado.

Esa noche entendí: no era Gregorio hijo. No era yo. El asesino suelto del rumor era una manera pobre de nombrar lo que el pueblo no quería aceptar: la muerte es el puente. Ese puente que cada día inventa otro modo de llamarte. Y si no acudes, te espera. Sin prisa.

A la mañana siguiente, volví a cruzarlo. El hierro olía a sol nuevo. Lascano me saludó con la cabeza. En el medio, el puente se enderezó un milímetro, por cortesía. Me apoyé en la baranda. —Si vuelves a llamarme, ven con modales —le dije. La baranda vibró con una sonrisa que supe reconocer.

Ya no hablan del asesino suelto. Ahora dicen que lo ataron. Y cuando lo dicen, la risa se les ha quedado sin dientes. Yo sigo solando suelos. A veces pongo un azulejo azul en medio de un gris humilde. No para recordar a nadie. Para recordarme que el mundo necesita, cada tanto, un poco de mar en la cocina.

Y cruzo. Siempre cruzo. Todavía cruzo.